

El paraíso  
—que merece ser— recobrado

**Primera edición:** *Abril 2016*

**Esta edición consta de:** *800 ejemplares*

**Título:** *El paraíso —que merece ser— recobrado*

**Título original:** *Paradise (To Be) Regained*

**Autor:** *H. D. Thoreau*

**Traducción:** *Javier Rodríguez Hidalgo*

**Diseño de la colección:** *Miguel Sánchez Lindo*

**Corrección ortotipográfica:** *Salvador Cobo*

**Impreso por:** *Kadmos*

**ISBN:** *978-84-943217-2-6*

**Depósito legal:** *M-9824-2016*

**Para pedidos e insultos:** *revistaculdesac@gmail.com*

*Se puede reproducir este libro tranquilamente*

## Nota de los editores



Cuando en 1845 H. D. Thoreau construyó su cabaña cerca del lago Walden y se dedicó a transcribir su experiencia en su obra homónima, los signos de la transformación del mundo que produciría la industrialización todavía no se habían generalizado. Sin embargo la mutación que había tenido lugar en las conciencias de los ciudadanos de Concord, su ciudad, era lo suficientemente clara como para despertar la inquietud y la sensibilidad del autor de *Walden*. Tanto en sus voluminosos *Diarios* como en sus libros y múltiples conferencias, su experiencia de la naturaleza se convirtió en la defensa de una conciencia que corría el peligro de extraviarse con los avances de la economía industrial: la de la pertenencia del ser humano al complejo entramado de la vida que era necesario reafirmar en todo momento.

Como señalara Leo Marx en su libro sobre la literatura pastoral americana, *La máquina en el jardín*, la escritura de Thoreau fue esencialmente afirmativa, y pretendió llevar el ideal bucólico a la experiencia vivida, a través de la creación literaria derivada directamente de *una vida en los bosques*. Lo que encontró, a menudo, fue la conciencia de una trascendencia truncada, y los signos de los profundos cambios que la economía estaba produciendo en todas partes. Por eso en Thoreau podemos encontrar tantas veces, entremezclados, el ensueño que sigue a la descripción de los colores de otoño en los bosques de Maine o la evocación del sabor de las manzanas silvestres, con una aguda crítica a las instituciones sociales, llamadas a desobedecer

al gobierno civil, o la apología de la acción armada del Capitán Brown contra el esclavismo.

No se trata en Thoreau, por tanto, de una defensa de la naturaleza como si de un protoecologista se tratase, ni tampoco de la actitud contemplativa y pacífica con la que algunos lo han querido retratar. Más bien nos encontramos ante la resistencia de la conciencia individual a las transformaciones que la vida organizada por la economía empezaba a propiciar en el siglo XIX. No una reclamación del cuidado que debemos dispensar a una naturaleza externa que necesita de nuestra protección, sino la afirmación de que nuestra conciencia y nuestros pensamientos más valiosos son resultado de esa misma naturaleza. Siendo una sola cosa, conciencia y naturaleza son destruidas al mismo tiempo por el movimiento que tiende a «considerar la tierra como una propiedad» y nos depara «la vida más vil».

Cuando Thoreau comenzó a cultivar frijoles junto a su cabaña en Walden no lo hizo tanto para lograr una especie de soberanía alimentaria *avant la lettre* como para agudizar su conciencia: «Algunos deben trabajar en los campos aunque sólo sea en pro de los tropos y de la expresión, para poder crear parábolas algún día». Cuando esa conciencia se exaspera da sus frutos, y no son frijoles, sino la desobediencia a la autoridad civil de un Estado que promueve el esclavismo. La anécdota de aquel día que pasó en el cuartelillo por no pagar sus impuestos es de sobra conocida, pero pocas veces se la relaciona con aquella breve experiencia de *cultivo* que, en lo referido a la cuestión alimenticia, en

realidad le costó dinero y le llevó a tener que emplearse como jornalero para poder sobrevivir.

Últimamente asistimos a la reedición en castellano de algunas de las obras más importantes de Thoreau, del mismo modo que las miles de páginas de sus *Diarios* siguen ofreciendo una fuente inagotable para antologías y recopilaciones que hemos leído en muchos casos con verdadero placer. Sin embargo, por nuestra reconocida tendencia a pensar mal, creemos que esta atención editorial que está mereciendo últimamente el autor de Concord es inversamente proporcional al *cultivo* de la rebeldía y la desobediencia que una lectura consecuente debiera inspirar. Quizá sea demasiado pedir que los libros tengan hoy esa capacidad de inspirar, siquiera de conmover, a quien los lee. Hay tantas cosas que confabulan en contra de una lectura bien hecha que publicando este libro casi podríamos sentirnos, como diría Alfonso Berardinelli, lanzando al mar un mensaje dentro de una botella.

En 1843, a petición de su amigo Emerson, Thoreau escribió una reseña del libro del ingeniero alemán John Adolphus Etzler *El Paraíso al alcance de todos los Hombres, sin Trabajo, mediante la Energía de la Naturaleza y la Máquina*. La reseña, titulada *Paradise (to be) regained*, suponía una abierta crítica a las utopías tecnológicas que pretendían transformar el mundo entero, con el fin de conseguir un paraíso de abundancia y felicidad para el ser humano, mediante la aplicación y el desarrollo de las técnicas y la maquinaria industrial. La intuición de las con-

trapartidas que supondrían estos sueños demenciales llevó a Thoreau a escribir:

Pronto será manifiesto que estamos vislumbrando ya una época en que la voluntad del hombre constituirá una ley para el mundo físico, y en que dejará de sentirse intimidado por abstracciones tales como el tiempo y el espacio, la altura y la profundidad, el peso y la dureza, pues será el verdadero amo de la creación.

Hoy vivimos inmersos en la culminación de esa época y en sus desastrosas consecuencias. Las desaforadas utopías tecnológicas ya no sólo pretenden transformar el mundo para ofrecernos un inmenso y artificial Jardín del Edén, sino que, ante la constatación del fracaso de sus intentos, la única respuesta que se atisba en el horizonte es una nueva vuelta de tuerca en el acondicionamiento tecnológico, que se extiende a cada vez más ámbitos de la existencia. El cultivo de nuestra conciencia y nuestros pensamientos no sólo ha perdido su relación con la naturaleza, sino que puede llegar a ser prescindible en un mundo donde todo lo producido tendrá la marca de *inteligente* para evitarnos el trabajo de serlo nosotros. Si con este libro contribuimos, al menos, a ofrecer una oportunidad para el cultivo de cierta rebeldía contra este estado de cosas, nos daremos por satisfechos.

Ediciones El Salmón